jantes á un pintor que, habiendo hallado un cuadro antiguo y valioso, lo retoca y le pone un marco nuevo para darle relieve, hemos procurado dar una forma nueva á la obra del Padre Butrón. Como en la edición que tenemos á la vista, reimpresa en Quito el año de 1856, no están reservados derechos de ninguna clase, hemos adoptado á veces las reflexiones del Padre Butrón y hasta sus expresiones. En este último caso constan las citas con las comillas de costumbre. En la obra del Padre Butrón, sea dicha la verdad, el orden cronológico deja que desear, y sentimos no haberlo podido restablecer completamente. Por lo demás, nos hemos propuesto edificar á nuestros lectores, poniéndoles ante los ojos hermosísimos ejemplos de virtud. ¿Habremos conseguido este fin?

En caso de necesidad y para mayor abundamiento de datos hemos consultado la *Historia del Ecuador* por el Ilustrísimo Sr. González Suárez, arzobispo de Quito.

Encontrarás en este libro, querido lector, citas añejas, palabras anticuadas, modismos de antaño. No lo extrañes: en vez de *modernizar* los personajes que figuran en esta obra, hemos preferido remontarnos con el espíritu á doscientos cincuenta años atrás, para escuchar á nuestra heroína y á los testigos de su vida. De ahí procederá sin duda que esta historia de la *Beata Mariana de Jesús* tenga un sabor antiguo y local. ¿Será esto un defecto?

LIBRO PRIMERO.

LOS DOCE PRIMEROS AÑOS DE MARIANA DE JESÚS.

CAPÍTULO I.

PATRIA DE LA BEATA MARIANA DE JESÚS.

SUMARIO. El Ecuador. — Quito, su capital. — Algunas celebridades eclesiásticas.

LA ciudad de Quito, hoy capital de la República del Ecuador, fué la patria de la Santa cuya vida escribimos. ¿Qué es el Ecuador y qué su metrópoli, Quito? Á estas preguntas contestaremos transcribiendo una página luminosa de la vida de García Moreno por el Rdo. Padre Berthe; á continuación pondremos algunos extractos de la *Historia del Ecuador* por el Ilustrísimo Sr. González Suárez.

«El viajero que atraviesa el Atlántico, cruza el istmo de Panamá, y surca en el Océano Pacífico un nuevo espacio de doscientas cincuenta leguas al mediodía, llega al fin á Guayaquil, puerto principal de la República del Ecuador. Si entonces vuelve los ojos al oriente, tendrá delante de sí, entre la República de Colombia, que cae al norte, y el Perú, que se prolonga al sur, la patria de García Moreno.

«La República del Ecuador está bañada por el Pacífico en una extensión de doscientas leguas. De los extremos de esta frontera occidental parten al oriente dos líneas, que, juntándose á trescientas leguas de la costa, forman un inmenso triángulo de ochocientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, extensión casi tan vasta como el actual territorio de Francia, y sin embargo es uno de los Estados más pequeños de la América del Sur: es un palmo de tierra si se le compara con el vecino imperio del Brasil.

«Atravesada en toda su longitud por la doble cordillera de los Andes, la República del Ecuador presenta al asombrado viajero tres regiones absolutamente diversas: los llanos de la costa, la meseta de soberbias montañas y la zona salvaje del oriente, sobre las cuales hay que detener un momento siquiera la mirada para formar idea de tan rica como grandiosa naturaleza.

«En la magnífica campiña de quince á veinte leguas que se extiende desde la costa á la cordillera, lanza el sol á torrentes sus rayos abrasadores, que, cayendo sobre un terreno pingüe, bañado por los ríos y copiosísimos raudales que descienden de empinadas cumbres, y empapado durante muchos meses de lluvias cotidianas, produce exuberante vegetación. Por todas partes selvas inmensas, que no han sentido aún el hacha del leñador; árboles gigantescos, al lado de los cuales nuestras encinas de Europa parecerían enanos miserables; por doquiera ricos y variados perfumes, el amarilla, el nopal, la caoba, el

cedro, el pimentero, la higuera chumba, el naranjo y palmeras colosales. La tierra sin trabajo apenas, produce multitud de plantas, cuya exportación constituye la principal riqueza del país: el algodón, la caña de azúcar, el café, el cacao; sin contar mil y mil otros frutos delicados y sabrosos. Enajenada la vista, gózase en la inmensa variedad de flores del más brillante colorido, mientras innumerables bandadas de pájaros de resplandeciente plumaje mezclan sus armoniosos trinos con el rugido de las fieras que vagan por el bosque.

«Después de haber recorrido llanura tan encantadora, llegamos al pie de los Andes. Los Alpes y los Pirineos desaparecerían como insignificantes al lado de aquellas montañas enormes, que sólo al Himalaya ceden en altura en nuestro globo. Los habitantes de Guayaquil, abrasados por el sol ecuatorial, perciben á distancia de treinta leguas el Chimborazo, cubierto de nieves eternas: á seis mil metros se eleva su cima sobre los buques que flotan en el puerto.

«Para ascender á las cordilleras es preciso andar errando por las selvas días y días, cruzando bravísimas gargantas, torrentes impetuosos, barrancos y precipicios, donde el hombre perecería sin remedio, si no tuviese á su servicio el mulo, de casco firme y de maravilloso instinto, que la Providencia ha puesto á su alcance en el camino[1].

[1] Una rectificación se ha hecho aquí necesaria. Estas líneas, exactas en el tiempo en que el Rdo. Padre Berthe las trazaba, han dejado de serlo hoy en gran parte. El ferrocarril,

«Pero ¡qué magnífico espectáculo se ofrece al extenuado viajero cuando, después de tan larga fatiga, llega á la meseta de los Andes! Mirando al océano, se ostenta á sus pies la campiña que acaba de abandonar, verdadero Edén esmaltado de bosques, de ríos, de verdes praderas, y aldeas tendidas en las faldas ó profundos valles, y en el fondo de este cuadro el piélago sin límites.

«Al oriente, y á cosa de veinte ó treinta leguas, aparece la segunda cordillera de picos majestuosos, que se destacan en el firmamento con su manto de nieves perpetuas y su inmensa batería de volcanes: el Cayambe, el Cotopaxi y el Sangay, cuyos cráteres se abren á cinco ó seis mil metros de profundidad, vomitando unas veces humo y otras ardiente lava, nubes de ceniza ó diluvios de agua en torno de las comarcas que los circundan.

«Ante escena semejante, que sobrepuja en solemne grandeza á todo cuanto la fantasía puede soñar, el hombre anonadado cae de hinojos y repite instintivamente el canto del Rey-Profeta: 'Ríos y mares, valles y montañas y tú, sol resplandeciente, bendecid al Señor.'

«La meseta comprendida entre las dos cadenas paralelas de los Andes se extiende en una llanura de ciento cincuenta leguas de largo y de diez á quince de ancho: espléndido oasis puesto por la

construído por una Compañía norteamericana, con atrevimiento á veces sorprendente, llega ya á Quito, y tal vez en no lejano día pitará en Ibarra. Con todo, la descripción no disuena de la verdad tocante á las demás vías de comunicación.

mano del Creador á tres mil metros sobre el nivel del mar; y en este pensil suspendido de las montañas y favorecido con una eterna primavera, bajo la misma línea equinoccial, se encuentra concentrada la mayor parte de la población ecuatoriana. Allí descuella *Quito,* capital de la República, y se alzan también las importantes ciudades de Cuenca, Ríobamba, Ambato, Ibarra y Loja, rodeadas de numerosas aldeas y caseríos. En estos parajes se extienden las grandes fincas llamadas *haciendas,* vastas á veces como una de nuestras provincias ó distritos municipales, y que apacientan rebaños de tres ó cuatro mil toros y quince ó veinte mil carneros.

«Al descender por la vertiente oriental de los Andes, después de cinco ó seis días de camino por espantosos desfiladeros, en medio de peñascos y precipicios, se llega á la inmensa llanura que se pierde en las fronteras del Brasil. Allí se presenta la naturaleza en toda su primitiva majestad: soledades sin término, selvas vírgenes, erizadas de árboles gigantescos, sostenidos á veces en el aire por amapolas entrelazadas, aun cuando sus raíces muertas no alcancen el suelo; ríos anchos como mares que cruzan en todos sentidos aquella tierra fecundísima, antes de perderse en el Amazonas, el Mediterráneo del Continente Austral: tal es el aspecto de tan rica y hermosísima región, que pudiera sustentar á millones de hombres y en la que apenas vagan doscientos mil salvajes.

«Éstos, errantes en los bosques, viven de la caza, de la pesca, y de la fruta que un sol benéfico ma-

dura para ellos en todas las estaciones del año. — Llámase esta región la Provincia Oriental y también *Napo*, del nombre de uno de esos caudalosos ríos que la cruzan de parte á parte, antes de lanzarse al Amazonas.»

Hasta aquí el Padre Berthe [1].

Lo dicho basta para darnos una idea general del Ecuador. Pero ¿qué es su capital Quito? Para contestar á esta pregunta compendiaremos algunos capítulos de la *Historia del Ecuador*. La ciudad de Quito, cuya población gira alrededor de 80.000 almas, está á la altura de 2.908 metros sobre el nivel del mar. Domínala, cual monstruo que inspira miedo, el Pichincha, cuya áspera cima es volcánica, y cubierta á veces de nieve. En la época de la conquista Quito era, merced á dos quebradas que entonces la rodeaban, un punto estratégico muy importante: una fortaleza natural é inexpugnable. Desde otros puntos de vista, sea dicho en obsequio de la verdad, hubiérase podido escoger mejor sitio y algún lugar más ventajoso y sobre todo más hermoso para edificar una ciudad. Pero es indispensable preferir lo útil á lo agradable, lo seguro á lo bello y pintoresco; y esto es lo que forzosamente hicieron los fundadores de Quito, para estar siempre en estado de resistir á las frecuentes acometidas de los indios.

Los anales de Quito registran larga serie de personajes célebres, así en ciencias y artes como en

1 «García Moreno, Presidente de la República del Ecuador, vengador y mártir del derecho cristiano», por el Padre Berthe.

virtudes cívicas y religiosas. Por convenir más á nuestro asunto, exclusivamente religioso, nos contentaremos con mencionar únicamente aquí los nombres de uno que otro que florecieron antes de *Mariana* y se han distinguido por sus prendas apostólicas, religiosas y pastorales.

El Ilustrísimo Señor García Díaz Arias, pariente de Pizarro y primer obispo de Quito, se hizo recomendable por más de un título. Vigilante del culto divino, procuró realzarlo con el esplendor de las ceremonias religiosas; celoso de la conversión de los indios á la fe, los reunía una vez en la semana para instruirlos en la doctrina cristiana. Contribuía en gran manera á hacer germinar la semilla de la palabra divina el ascendiente de sus virtudes, máxime su conocido desprendimiento y desinterés. Tuvo por sucesor inmediato al Ilustrísimo Señor Peña, hijo preclaro de Santo Domingo, quien hermanó el saber con las virtudes evangélicas. Elevado á la dignidad episcopal, ilustró, como el que más, la silla de Quito. En él encontraron los enemigos del bien un opositor inquebrantable cual muro de bronce, y los infelices indios, derramados por todas partes, un padre que los buscó con amor y congregó en pueblos para proporcionarles el bienestar espiritual y corporal. En una palabra, fué un pastor según el corazón del divino Redentor. ¿Qué diremos del Ilustrísimo Señor Solís, agustino? Fué, por su penitencia y oración, otro San Nicolás de Tolentino; por su caridad inagotable, otro Santo Tomás de Villanueva; y un segundo Santo Toribio por su celo pastoral; fué, para

decirlo de una vez, un hijo digno del grande obispo de Hipona, San Agustín.

Si penetramos en los claustros, hallamos numerosos religiosos y apóstoles, beneméritos de la Iglesia y de la sociedad. No siendo posible ni siquiera enumerarlos todos, nos limitaremos á apuntar aquí tan sólo algunos nombres, tomados como al acaso de la historia.

Entre los franciscanos, que fueron los primeros religiosos establecidos en Quito, descuella el Rdo. Padre Marcos de Niza: su mayor timbre de gloria, á mi ver, es haber sido en el Ecuador lo que el famoso Las Casas era en otras partes: el protector de los indígenas oprimidos.

Entre los agustinos merece mención especialísima el Padre Coruña, obispo de Popayán. Perseguido por la justicia y desterrado á Quito, hospedóse en el convento de su orden. Eran tales y tan austeras sus costumbres, escribe el Ilustrísimo Señor González Suárez [1], que más que obispo parecía penitente anacoreta; su cama era una tarima de carrizos; un madero le servía de almohada, y para abrigo no tenía sino dos cobertores de lana. Era tan compasivo con los pobres y caritativo, que todas las noches, antes de acostarse, examinaba primero si en su poder tenía alguna moneda para darla inmediatamente á algún pobre, pues no quería nunca que la noche le sorprendiese propietario ni de un maravedí.

Los mercedarios se glorían con razón de su hermano en religión el Padre Urraca. Un rasgo entre

[1] Historia del Ecuador t. III.

otros nos lo da á conocer. Enviado por sus superiores á las provincias de Imbabura y del Carchi á colectar limosnas para su convento y para la redención de cautivos, hizo este viaje andando á pie y muchos días descalzo; su posada era de ordinario la iglesia del pueblo adonde llegaba; cuando ya el cansancio y la fatiga le rendían, se reclinaba en las gradas del altar, para descansar unas pocas horas. Los procesos ordinario y apostólico para la beatificación y canonización del venerable Urraca fueron declarados válidos por la sagrada Congregación de Ritos el 18 de agosto de 1731 [1].

El año de 1600, cuando venía para Quito el Padre Urraca, pasaba de ésta á mejor vida el Padre Cristóbal Pardave, uno de los más observantes religiosos que tuvo en sus principios el convento de Santo Domingo. Huyendo siempre de toda preeminencia, llegó á la más avanzada vejez, sin querer nunca aflojar en el rigor de la vida mortificada que había abrazado [2].

Dió no poco lustre á la Compañía de Jesús en Quito el Padre Álvarez de Paz, doctor del ascetismo y gran maestro de la vida espiritual.

Séanos permitido, al concluir este capítulo, mentar un personaje de fecha reciente. Su nombre es *García Moreno,* aborrecido de unos, querido de otros, temido de todos. Demos que haya tenido alguno de esos defectos que sus adversarios políticos le imputan, y que nosotros llamaríamos defectos de sus cualidades,

[1] Obra cit. IV, 213. [2] Ib. p. 214—215.

¿no tuvieron compensación con sus relevantes prendas, ni con el bien que hizo, ni con la muerte que padeció? Su muerte, decretada en los antros de Satanás, en odio de la religión y de la moralidad, inferida por manos cobardes ó vendidas, ¿no lo coloca entre las víctimas del deber y los héroes cristianos?

¡Quito! Tal es, pues, descrito brevemente, el jardín, que entre otras flores de ciencia, santidad y celo, produjo una *azucena* de blancura arrebatadora, todavía fresca y fragante: la angelical *Mariana de Jesús,* muerta por su patria, á la edad de veintiséis años, sobre el altar de la caridad y de la reparación.

❦

CAPÍTULO II.

NACIMIENTO DE LA BEATA MARIANA.

SUMARIO. Fecha del nacimiento de Mariana. — Su familia. — El demonio en forma de perro. — Estrellas misteriosas. — La madre cría á su propia hija. — Ayuno prodigioso.

LA Beata Mariana de Jesús vino al mundo el sábado 31 de octubre de 1618. Su nacimiento coincidía, pues, con la vigilia de la fiesta de Todos los Santos, cuyas virtudes y ejemplos había de emular; y con un día consagrado á la Virgen Santísima, de quien fué siempre una hija amante y predilecta.

Fueron sus padres el Capitán Don Jerónimo Flórez Zenel de Paredes y Doña Mariana Granobles Jaramillo, natural aquél de Toledo, y nacida ésta en Quito, de padres españoles. Cristianos á la antigua,

dignos de sus antepasados, ambos esposos trabajaban de consuno para vivir de la fe, en toda la acepción de la palabra. Tanto era así, que el público entero, testigo irrecusable y juez imparcial, les prodigaba merecidas alabanzas por su acendrada piedad y obras de misericordia. Según voz pública, su casa era casa de oración y su no escasa fortuna el patrimonio obligado de los pobres de Jesucristo.

Concedióles el Señor una bella corona de ocho hijos, á quienes criaron con el esmero que se puede suponer en el amor y temor de Dios. ¡Dichosas esas familias patriarcales en donde, como en la del Capitán Paredes, la fe con sus obras se trasmite de padres á hijos como una herencia de gracia y salvación!

Nuestra Santa es el último vástago de Don Jerónimo y el más hermoso florón de su corona.

En cuanto á sus hermanos, poco ó nada sabemos. El Padre Butrón, primer historiador de Mariana, menciona solamente á tres de ellos: Doña Jerónima, cuyo principal mérito consistió en haber secundado los designios de Dios respecto de su angelical hermana; Don Jerónimo, religioso franciscano y sacerdote; otro, cuyo nombre calla, y estaba en el Cuzco cuando esta ciudad fué arruinada por un terremoto. Los demás hermanos de Mariana, no mencionados por el Padre Butrón, nos son completamente desconocidos.

La Beata Mariana no había nacido aún y ya el infierno la aborrecía de muerte, según fundadas conjeturas. Fué el caso, escribe el Padre Butrón, que, preocupada altamente la madre con una tristísima idea, le parecía á todas horas que llevaba en su seno

un verdugo de su vida, un monstruo. Desvanecida estaba á fuerza de reflexión tan funesta y tan tenaz imaginación; mas el demonio, que se la había inspirado, varió de estrategia para volver á la carga. ¿Cómo así? Lo vamos á narrar.

«Cierta noche Don Jerónimo dormía tranquilo, cuando de repente fué despertado por el ruido sordo de extraños pasos. Mira, y ¡oh Dios! ¿qué es lo que ve? Un animal feroz, un perro enorme, aterrador, y en ademán de abalanzarse sobre Doña Mariana, que de un momento á otro dará á luz á nuestra Santa. Ver esto y coger cuantos objetos le vienen á las manos, hasta zapatos, y espantar con ellos al terrible mastín, todo fué uno. Al propio tiempo notó que se las tenía, no con un cuerpo real sino fantástico, con una mera sombra que desapareció en el acto. Sin embargo, era urgente borrar la impresión que esto pudiera ocasionar á su señora y precaver así una desgracia. Al efecto, Don Jerónimo llamó apresuradamente á los criados y les mandó buscar por toda la casa al maldito perro; resultando inútiles todas las pesquisas, esposo y sirvientes se persuadieron de que ésta era una estratagema de Satanás para procurar un aborto.»

El infierno, por lo visto, se llenaba de rabia y furor al acercarse el nacimiento de la futura *Azucena de Quito;* al revés, el cielo se alegraba, saludando con inefable sonrisa, quiero decir, con un prodigio en el firmamento, su entrada en este valle de lágrimas. Una de las personas que asistían á la señora, al ir y venir por el patio de la casa en el desempeño de su oficio, levantó los ojos al cielo para implorar la divina protección. ¡Cuál no fué su asombro al ver sobre el techo del cuarto en donde nacía la bendita niña, una estrella brillantísima y de primera magnitud, y sobre esta estrella muchas otras pequeñitas, agrupadas con cierto orden y figurando una magnífica palma! ¿No quería el cielo con este símbolo anunciar y celebrar de antemano las victorias de la virgen de Quito? Este suceso, declarado con juramento, consta en el *Proceso de beatificación.* Tan sorprendente fenómeno, visto con detención por varias personas, fué contemplado con sumo placer por Don Jerónimo. Éste, no pudiendo creer á sus ojos, miraba y volvía á mirar al cielo, hasta que corriendo al aposento de su consorte, le comunicó, entre mil acciones de gracias al Señor, tan fausta noticia.

Y al oírla de boca de su esposo, ¿qué diría la dichosa madre? ¡Ah! sin duda repetiría aquellas palabras que siglos antes habían resonado en torno de la cuna privilegiada del Bautista, el precursor del Mesías: *Quis putas puer iste erit?*[1]—¿quién pensáis será este niño? ¿quién será esta niñita que ya en la aurora de la vida provoca las iras de Satanás, y atrae hacia sí las miradas complacidas de Dios? ¿cuál será su vocación y cuáles sus futuros destinos? Y luego aquella madre tan profundamente cristiana se desharía en hacimientos de gracias al Autor de todo bien.

Empero, esa su criaturita, á quien quiere entrañablemente, porque, sobre ser hija suya, es el objeto

[1] Luc. I, 16.

de visible predilección de parte del cielo, ¿la confiará á manos extrañas para su crianza? Á buen seguro, que, como al presente, y tal vez más que hoy en día, había nodrizas virtuosas y de piedad sólida. Con todo, ¡cuántas carecían de los requisitos necesarios para desempeñar funciones de suyo delicadas y casi siempre decisivas!

Por estas razones Doña Mariana, no obstante su avanzada edad y quebrantadas fuerzas, criará á su angelito. Medida tanto más acertada cuanto que la leche materna es para la niña alimento preparado por la Providencia, sabia á la par que amorosa.

Por lo demás, la madre, tan abnegada como amante, no tuvo por qué arrepentirse de su determinación. Recompensa valiosísima, indecible consuelo fué para ella un prodigio que contempló con sus mismos ojos cada día durante varios meses, prodigio harto raro, aun en la vida de los Santos más celebrados.

La niña Mariana, preludiando ya su vida austera y penitente, no tomaba el pecho más que una vez al día los lunes, miércoles y viernes de cada semana; y solamente dos veces los demás días, hacia las doce del día y de la noche. Y empezó este ayuno tan extraordinario el día mismo de su nacimiento, y lo continuará, si bien en otras formas, hasta el día de su dichosa muerte.

¡Qué motivo de rubor para ciertos cristianos cobardes y poco escrupulosos, que nunca ó pocas veces guardan las abstinencias ó ayunos de la Iglesia!

CAPÍTULO III.

LA HIJA ADOPTIVA DE DIOS.

SUMARIO. El bautismo. — Virtudes precoces. — Caridad precoz recompensada. — Imitadora de su piadosa madre en la oración. — Salvada de las aguas de un río.

La hija de Don Jerónimo Paredes, saludada á su entrada en el mundo por el cielo con inefable sonrisa, es ahora adoptada por Dios como hija muy amada, mediante el bautismo. Recibiólo el día de la gloriosa Santa Cecilia, cuya fuerza, energía y fervor había de emular con tesón y heroísmo. Á imitación de la virgen romana, la de Quito cantará en el santuario de su corazón las alabanzas del Señor en unión con los espíritus celestiales.

Mas ¿qué nombre de pila se le dará? ¿Se le dará algún nombre gentílico, mundano ó pueril, como estilan hoy día aquellos cristianos cuyos sentimientos religiosos han menguado? Nada de eso: la recién nacida se llamará como su madre, MARIANA. Más tarde, añadirá ella misma á su nombre el de *Jesús*, y será MARIANA DE JESÚS, como la virgen de Ávila es *Teresa de Jesús*.

La niñita Mariana creció en edad, sabiduría y virtud delante de Dios y delante de los hombres. Para ella la práctica de la modestia y de la pureza se anticipó á los años ordinarios. De la misma manera que la aurora precede al sol, las virtudes angélicas previenen en Marianita el día claro de la razón. Confirmación de este aserto es lo que refieren á este respecto las Actas de beatificación.

No bien ha visto ella la luz del día, cuando ya no quiere aparecer en público sino cubierta con un velo. ¿Le descubren el rostro? llora y forcejea sin consuelo. ¿Le reponen el velo? se aquieta y calla.

Dirigida ya de un modo muy particular, como todas las almas castas, por el Espíritu Santo, rehusó con no menos eficacia que fuerzas las caricias, por otra parte muy inocentes, de un amigo de casa; y esto en la calle pública, cuando apenas tenía tres años de edad.

Bien pudiera esta niña privilegiada hacer suyas estas palabras del santo varón Job: «La misericordia ha nacido conmigo y conmigo crece.»[1] Apenas deja los pañales, apenas balbucea algunas palabras cuando ya la domina dulcemente la inclinación á socorrer á los indigentes y mendigos. Dios es quien había depositado en aquella alma virginal la compasión, á manera de semilla; y esta semilla produjo tan presto sazonados frutos de liberalidad, porque se desarrolló y fructificó al calor del buen ejemplo de sus compasivos padres.

Cierto día ve la niñita á las puertas de su casa á numerosos pobres que en tropel piden limosna. No es menester tanto para que se mueva á compasión. Mas ¡ay! la despensa está vacía. ¡Dichosa despensa que ha sido vaciada por la caridad! Sólo ve allí una torta que se guarda como un regalo para su anciano padre: verla y pedirla, todo es uno. Se la niega su madre, alegando que no es todavía hora

[1] Job XXXI, 18.

de traer el pan para el abasto de la familia. «Dios sabrá dar pan para mi papá», replica la niña, y lágrimas arrasan sus tiernos ojos y surcan sus rosadas mejillas. ¡Benditas lágrimas que brotan de un corazón afligido por no poder socorrer al prójimo! Ante tan conmovedor espectáculo, su madre le da la torta para que la reparta entre los pobres. Recíbela la niñita con más satisfacción que un avariento un puñado de oro; y con sus ágiles manecitas la parte y distribuye hasta donde alcanza. Vanse los pobres, repitiendo cada uno el acostumbrado «Dios se lo pague». Mas he aquí que entran un niño y una india desconocidos, escribe el Padre Butrón, con dos canastillas de pan muy exquisito, que regalaba á la señora una persona que nombraron, pero igualmente desconocida. Mientras todos quedan atónitos al ver el suceso, la caritativa Mariana corre á decir á su madre: ¿Ves, mamá, cómo Dios nos ha enviado tanto pan, porque dimos á los pobres la torta?» De lo ocurrido saquemos esta enseñanza: Demos y recibiremos; demos á los menesterosos y recibiremos de Dios, si no gracias temporales, ciertamente otras mejores y espirituales.

El niño es cera blanda, sobre la cual deben procurar los padres cristianos imprimir la imagen de Jesucristo, empleando cuantos medios están á su alcance: la oración, que impetra la intervención del cielo; la instrucción religiosa, que forma el espíritu y el corazón; la corrección, que reprime las demasías; y, para corroborar todo esto, el buen ejemplo, muchas veces decisivo, mayormente en los primeros años.

Doña Mariana, dechado de madres cristianas, no podía faltar á deber tan sagrado; lejos de ello, con cada uno de sus actos trazaba en el alma dócil de su hija un rasgo más de semejanza con el Divino Modelo.

El hecho que vamos á relatar nos descubre á un tiempo los sublimes ejemplos de la una, y la fidelidad de la otra en seguirlos con prontitud y denuedo.

Una noche despierta Marianita y ve en medio del aposento á su madre postrada en tierra y haciendo oración con los brazos extendidos en forma de cruz. Esto solo basta para que se levante al instante, y arrodillándose al lado de la que tanto la edifica, presenta ella también sus manos puras á la divina clemencia. Instada cariñosamente á que se acueste de nuevo, opone dificultades para obedecer. Insiste la madre, diciendo, entre otras cosas, que ella ora por ambas. Todo es en vano, la hija rebate las razones alegadas por la madre con otras tan convincentes, que obtiene licencia para seguir orando, en esa actitud tan humilde como fervorosa.

Padres é hijos de familia que leéis estas líneas, el Señor no os pide que interrumpáis el sueño para orar, pero ¿sería mucho reuniros para rezar juntos el santo Rosario ó á lo menos las oraciones de la noche?

Con virtudes tan precoces Marianita es de parte de Jesucristo el objeto de bendiciones y complacencias no comunes. ¿Qué mucho, pues, que vele por ella con tanto poder como amor? ¿Qué mucho que en un caso dado derogara en su favor las leyes que rigen el universo, como nos lo muestra el hecho siguiente?

Contaba la niña de tres á cuatro años, según el Padre Butrón, cuando perdió á su padre, por lo que su madre tuvo que ocuparse en la administración de las haciendas. Con este objeto emprendió un día la marcha para Cayambe, distante de Quito como doce leguas. Cabalgaba la noble viuda sosteniendo con una mano á su hijita sobre las rodillas y con la otra las riendas de su mula. Llegaron á un caudaloso río, que era preciso vadear. Al ver aquellas aguas impetuosas, al escuchar su ruido monótono y ensordecedor, al contemplar aquellas olas espumantes que se entrechocaban, la señora se asusta, se sobrecoge de espanto, se acobarda, rehusa pasar adelante: se diría que presiente alguna desgracia.

Alentada por el mayordomo, se decide por fin, y encomendándose á Dios y á María Santísima, como acostumbran los verdaderos cristianos en cualquier peligro, entra resueltamente en el río. Al principio todo va bien, tanto que la señora se cree ya fuera del peligro. Pero á la mitad de la travesía, tropieza la mula en una piedra y dobla ambas rodillas. Instintivamente la señora hace un esfuerzo para sostener la rienda é impedir la caída, mas ¡ay! al mismo tiempo, sin darse cuenta de ello, suelta de su mano á la querida niña, que cae sobre las aguas. ¡Pobre criaturita, arrastrada como una pluma! ¿cuál será tu suerte? Mas no: una mano más poderosa que la de una madre y no menos amorosa la sostiene inmóvil en medio del río y sobre las agitadas olas, hasta que llega el mayordomo que acude en su socorro. Salvada de las aguas, como Moisés, en quien

el Señor había puesto la mira para grandes cosas, su madre, llorando á la vez de pena y alegría, no cesa de estrecharla contra su pecho. Doña Mariana recupera con este ángel la vida, la respiración, la fisonomía ordinaria.

Ya no cabe duda: su Marianita es una vez más hija del milagro: dulce persuasión que se corrobora aún al ver que las aguas habían respetado el calzado y los vestidos, sin poder descubrirse en ellos, observa el Padre Butrón, la más mínima señal de haberse humedecido. Las expresiones de agradecimiento de parte de Doña Mariana, por tan marcados beneficios, no son para referirlas aquí.

¡Cuántas veces, cristiano, has sido librado, sin saberlo, cuando no de la muerte temporal, sí de la espiritual, y tal vez de la eterna!

Por ser el beneficio invisible é interesar á tu alma, ¿merecerá menos gratitud?

❦

CAPÍTULO IV.

LA HUÉRFANA.

SUMARIO. Mariana pierde á su madre. — Su nueva familia. — Sus sobrinas. — Su influjo sobre ellas. — La educación. — Programa de enseñanza. — Mariana canta en unión con los bienaventurados y las aves del cielo.

LA angelical Mariana no disfrutó por mucho tiempo de los santos ejemplos de su madre. Madura ésta para el cielo, fué á recibir la recompensa muy grande, prometida á las madres prácticamente cristianas.

Su muerte, cuya fecha y demás circunstancias no podemos precisar, fué para la niña, ya huérfana de padre, una duplicada aflicción. Lloró, como es natural, mas lo hizo con la calma y la resignación de una persona ya veterana en la práctica de las virtudes sólidas. La divina Providencia no desampara á quien prueba con adversidades y contratiempos. Si nos hiere con una mano, con la otra nos socorre y estrecha contra su corazón amantísimo. Como una madre prodiga cariños á su hijo muy querido, á la vez que le cura llagas dolorosísimas, así la Providencia nos acaricia aun cuando nos hace sufrir. Mariana huérfana experimentó esta verdad, amarga sí, pero también dulce y consoladora.

Si bien la pérdida de su madre querida era de suyo irreparable, sin embargo volvió á encontrarla de nuevo, por decirlo así, en su hermana mayor Doña Jerónima y en su cuñado el Capitán Don Cosme de Caso. En ellos revivió por completo la autoridad, la ternura, la piedad cristiana de la difunta. En una palabra, al lado de ellos estaba como en su propia casa.

Casados algunos años antes, Don Cosme y Doña Jerónima tenían á la sazón tres hijas. La primera era María, quien llorará algún día amargamente por no haber seguido siempre, en materia de vocación, los inspirados consejos de su joven y virtuosa tía, Mariana de Jesús; Juana, quien, como veremos más abajo, reproducirá en el estado de matrimonio las virtudes y ejemplos de Santa Brígida; Sebastiana, la cual floreció, cual hermosa azucena de pureza, á la sombra de Mariana, entre las espinas de la mortificación